

ba en un artículo que vió la luz en *La Vanguardia* de Barcelona: «¡Pero, señor!... ¿Qué tiene esa singular aristocracia madrileña, que nadie acierta á describirla? ¿Es, por ventura, una sociedad fuera de lo imaginable, ó que requiera más prolijas y profundas investigaciones que las demás?» Y yo, al leer á Yxart con el agrado é interés de costumbre, tenía en los labios: No es verdad que nadie acierte á describirla. Ahí está el P. Coloma, que, á lo que yo puedo colegir, la describe al primor, en segundo lugar, porque desde la edad de doce años que salió de casa de sus padres para la escuela preparatoria naval, que estaba entonces en San Fernando, hasta hace diez y siete que entró en la Compañía, llevó siempre vida de hombre de mundo, y frecuentó íntima y asiduamente la sociedad más selecta. Y claro está que si no es fácil adivinar el modo de ser del pueblo, menos complicado y matizado, tampoco se puede retratar de oídas la humanidad que frecuenta los salones. ¿Qué opinaría mi amigo Yxart de un escritor

que juzgase á los catalanes según los chascarrillos y tipos que ruedan en sainetes y caricaturas, desconociese ese emporio de civilización y arte, y creyese que en él no existen más que comisionistas, obreros y payeses? ¿Verdad que lo menos duro que le diría á ese escritor sería aconsejarle que se diese una vueltecita por Barcelona? Variados disfraces adopta el orgullo, y no es el más insidioso ese de fingirse bien enterado de *cómo se baila*: mayor refinamiento de soberbia implica el suponerse dotado de la milagrosa intuición de cómo se baila, come, siente y habla en ciertos círculos.... sin mirarlos ni de cien leguas.

Y una circunstancia agravante del pecado de *arquitrabe* me parece el fin satírico, porque tal sátira constituye un juicio temerario. Pase—y es mucho pasar—que se describa lo que no se conoce; pero que se *fustigue*.... El procedimiento me recuerda cierto diálogo que sostuve con un religioso, el cual goza fama de docto, y en otras cuestiones no diré que no lo

sea. Me hablaba él con reprobación de las obras de cierto famoso dramaturgo, sosteniendo que allí se hacía «la apoteosis del amor libre». Pregunté asombrada que en cuál había leído mi interlocutor esa apoteosis, y respondió con desdén: «Yo no tengo tiempo para perderlo en leer tales cosas».

Lo repito: en mi humilde opinión, y aunque por razones del orden político se pretenda ahora negarlo, el P. Coloma ha roto el maleficio de la novela de alta sociedad. Todo *Pequeñeces*—giros de lenguaje, acciones y movimientos de héroes y heroínas, detalles de indumentaria y mobiliario—revela la maestría del artista familiarizado con el modelo. Una naturalidad exquisita, un aplomo de buen género (tan diferentes del azoramiento y disimulado malestar ó la familiaridad grosera del intruso) distinguen á ese fiel, risueño y feroz analista de la alta *crema*. Desde las primeras páginas se advierte que aquello no es *naturalismo*, ni nada que en *ismo* termine, sino, casi siempre, la pura

verdad. No atreviéndome, sin embargo, á fiarme en mis impresiones, porque trabajos y viajes me han tenido bastante alejada de la vida de salón que llevé en los primeros de mi juventud (precisamente la época en que se desarrolla la acción de *Pequeñeces*); deseosa de confirmar ó rectificar mi juicio, tomé lenguas, pregunté á diestro y siniestro..., y, en los primeros momentos, los testimonios fueron favorables al jesuita. Después se reaccionó, y la cuestión ha ido degenerando, de literaria, en social y política. Sin embargo, el concepto más fuerte que he oído acerca del Padre, es que *exagera*. Que vaya á ciegas, nadie lo cree.

Para apreciar á *Pequeñeces* conviene tener en cuenta que el fondo de la novela es histórico, aunque de historia novísima: la Restauración. Mientras parte de la nobleza de provincia y masas inmensas de pueblo se unían y alzaban tomando por bandera el nombre de Carlos VII para promover una verdadera guerra religiosa, la aristocracia residente en Madrid ó

lanzada al extranjero por los vendavales políticos, preparaba, conspirando tras los biombos, el retorno del hijo de Isabel II. Alentaban en esta aristocracia alfonsina — y esto lo presenta muy de relieve el Padre — gran número de aspiraciones tradicionales de la España antigua, debilitadas y combatidas, no por la franca aceptación de una nueva marcha social, no por un generoso espíritu de libertad, fraternidad y progreso, sino por el escepticismo, la frivolidad y el ansia de goces de la sociedad moderna. Si ascendiésemos pedantescamente por la historia arriba, diríamos que nuestra aristocracia fué predestinada á esta decadencia desde el siglo XVI, cuando la Monarquía arrasó castillos y fortalezas y degolló al feudalismo en el mariscal Pedro Pardo, y desde los XVII y XVIII, en que los nobles se convirtieron en palaciegos, y la tizona matadora de infieles en espadañín incrustado de nácar. En España, — si exceptuamos á Galicia, Cataluña y Aragón, — nunca el feudalismo pudo levantar cabeza; los re-

yes vigilaban para descabezarlo, y les ayudaba en su tarea el genio profundamente democrático é igualitario de nuestra raza. Vuelto el león feudal en doméstico faldero, los reyes sumaron la adhesión de los nobles á la del populacho, y el absolutismo monárquico echó lentamente raíces, extendiendo sus negras ramas hasta dar por venenosa flor el fanatismo servil de los primeros años del reinado de Fernando VII. — De tan largo periodo de enervante vida cortesana; de tantos lustros de dorada inacción, tenía que salir la aristocracia como la disecca el P. Coloma: sin norte fijo, con creencias religiosas medio dormidas en el alma, con una devoción de cascarilla y buen tono, pero incapaz de austeridades, abnegaciones y sacrificios, con un monarquismo *frondista*, con cierta relajación de la fibra que se traduce en pactar, transigir y cerrar los ojos, con ingénito desvío hacia todo lo grave, fuerte y radical, con el vago miedo al infierno y el horror á la cursilería por preceptos fundamentales del Decálo-

go. No obstante, esta clase, ornato del trono, minó con su retraimiento el del duque de Aosta, y aprovechando el hastío y cansancio de la Nación, preparó tan grave suceso como la vuelta de los Borbones, que el P. Coloma describe de un modo magistral, en sus resortes íntimos, — el aspecto de que prescinden los *historiadores* calificados.

Novela que aspire á aplicar el cauterio de la sátira ó siquiera los procedimientos del análisis á una clase social, debe ante todo proponerse la resolución de estos problemas: — ¿Se diferencia esa clase, en algo esencial é íntimo, de las demás? ¿Desarróllase en ella un germen de infección que en las otras no encuentra terreno propicio? Los pecados que en ella solicitan la vena satírica, ¿son más veniales en las otras? — Si el novelista es hombre de perspicacia, como el P. Coloma, no se le escapará ese microbio, ese *mal* característico de la aristocracia española en los últimos cuarenta años, esa lesión de la energía moral que, no permitiéndole man-

tenerse fiel al ideal del pasado, le impide también aceptar el del presente y soñar el del porvenir. Porque otros vicios y pecados, no sólo son comunes á la aristocracia y á las restantes clases sociales, sino que bien podemos afirmar que abundan más en las últimas. La concupiscencia carnal (hablemos en lenguaje de confesonario) no reconoce categorías, difiriendo sólo las formas más ó menos groseras que reviste, y si se ha de juzgar de la moralidad de una clase por la conducta de sus mujeres, las damas de la nobleza española, prescindiendo de contadas excepciones, dejan bien puesto el pabellón. Prepondera lo sano, y el mismo P. Coloma lo reconoce, como se verá. De otra inmoralidad muy frecuente, la venalidad política y administrativa, en la mesocracia se advierten mejor los estragos. Vino, juego, ira y gula, sea á lo fino ó á lo zafio, se ven doquiera. La soberbia tampoco es pecado de nobles: cualquier *parvenu* se fincha más, á los dos días de calentar una poltrona, que los grandes se-

ñores, por regla general llanos y atentos.

Distínguense, pues, los nobles, no por viciosos, sino más bien por inertes. En esa anulación social que impuso á buena parte de la aristocracia española la vida áulica, hay que buscar el secreto de las vanas aficiones, el ansia de goces externos y aparatosos, los derroches insensatos, la inconsistencia de la religiosidad, el olvido de las pasadas glorias y la fatiga de los resortes morales, que en la novela del P. Coloma patentizan caracteres como el admirable de Sabadell, el no menos hermoso (dentro de la nota cómica profunda) del marqués de Villamelón, el del áureo trinchante, y la condesa de Albornoz, protagonista de la novela.

No había de caer el diestro observador en la vulgaridad de confundir á toda una clase en igual reprobación, y esto se patentiza en el diálogo de la marquesa de Butrón y la marquesa de Villasis. En Madrid *hay un lodazal*, pero no es lodazal todo Madrid ni mucho menos...; «y al quedar deslindados los campos, la lógica de

los números metió la mano inexorable en el *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas».

«Un periódico regañón—dice en la misma página—hizo, sin embargo, de las damas de aquel tiempo otra subdivisión distinta. Bastantes buenas. Pocas malas. Muchas que, siendo de las primeras, se parecen á las segundas.» Contra estas primeras, que parecen malas sin serlo, van dirigidas todas las baterías del misionero que se oculta bajo el novelista.

Ya en otra ocasión, oficiando más de misionero que de crítico, á propósito de cierta novela de Pereda, había dicho el Padre que «en la imprudente ligereza y vergonzosa condescendencia con que en esta clase de mundo se mezcla la mujer honrada con la hembra indecente, es donde estriba el mayor mal de esa sociedad». En *Pequeñeces* explana y desarrolla el Padre su método curativo, ni más ni menos que el de la Edad Media contra las pestes: aislamiento, cordón sanitario,

boycotage, que la manzana sana no toque á la podrida.... Las objeciones á este remedio son del orden práctico y del teórico, y nada especiosas. En primer lugar, no hay términos hábiles para establecer esa clasificación rigurosa de «hembras indecentes y mujeres honradas»: aparte de los infinitos matices, de la amplia *zona intermedia*, la sociedad, que no sondea los riñones, que no ve los corazones como Dios, carece de competencia para adjudicar tales diplomas. No puede la sociedad distinguir sino entre el *escándalo público* y el *respeto á las conveniencias* ó decoro externo: de suerte que el gran consejo moral del Padre — sin él quererlo — viene á concretarse en este axioma mundológico: «Salva las apariencias, sé lo bastante cauto, y ya estás libre de mi castigo». Puede este criterio bastar á la sociedad, que representa un convencionalismo en la serie de las relaciones humanas, y le basta en efecto; mas no creo haya de satisfacerse con tan poco el misionero, el hombre de Cristo, el sacerdote. Lo que el P. Coloma

señala como específico, no alcanza ni la categoría de paliativo. Sobre no ser realizable (recuerde el Padre su cuentecillo *La maledicencia*, donde se demuestra que la calumnia á nadie perdona) no es ni siquiera justo, porque acumula sobre un *solo pecado*, y de un *solo sexo*, toda la reprobación social. Curiosa me parece la observación de que en la novela *Pequeñeces*, donde aparecen varios tipos de señoras dignas de respeto, como la Butrón, la Villasis, la Sabadell, etc., no salga varón alguno que no haya que cogerle con tenazas (á excepción del jesuíta consejero de la afligida esposa); y, sin embargo, contra las mujeres y no contra los hombres va dirigida la táctica del bloqueo. ¿Será que, á pesar de coincidir el Padre con mis apreciaciones, publicadas en *La España Moderna*, de que la mujeres todavía la parte más saneada y moral de la clase aristocrática, paga tributo á ese dualismo anticristiano de la moral, que aplica á cada uno de los dos sexos un extremo opuesto del embudo? Á la verdad, la ineficacia

del método del Padre me parece la mejor condenación de esos intentos de reforma, *que no son de este mundo*, y que darían lugar, si se pusiesen en práctica, á curiosas incongruencias y *quid pro quos*. No puede negarse que la sociedad ejercita siempre cierta *selección defensiva*, y que debe ejercitarla; pero con tal cautela, que apenas se note. El Padre desearía, en su celo, algo equivalente á las antiguas *repreensiones públicas*; y calculen Vds. la que se armaría si, volviendo radicalmente á los primitivos tiempos del cristianismo, empezasen las señoras á arrojar de sus saraos, no sólo á las pecadoras, sino al libertino, al concusionario, al mal amigo, al mal caballero, al.... Pero no había saraos en las Catacumbas.

Otra objeción se me ocurre poner á la severidad del Padre; y es que esa condescendencia y tolerancia con el pecado más insolente y público no es patrimonio exclusivo de las clases elevadas por nobleza de sangre ó posición social. Individuos del alto clero y religiosos que acaso

vestían la misma sotana que cubre al misionero-novelistas, han extremado en estos tiempos la transigencia con personas en quienes suponían que el modo de vivir más ó menos ortodoxo no amenguaba la devoción y las «buenas ideas», manifestadas, á falta de santidad, por medio de larguezas ó de activa propaganda, en el sentido político más conveniente á los fines religiosos. Y yo no censuro esta forzosa tolerancia, que se deriva de la política de atracción á que la Iglesia se vé obligada por la marcha de los acontecimientos. No es Butrón el único que ha *barrido para dentro*. Lo *actual*, esa Restauración que el P. Coloma ataca, ha sido sancionada por la vénida del Nuncio de Su Santidad, cuando aún latía la insurrección carlista, que era en el fondo insurrección religiosa, y proclamaba la unidad católica. *Transigir* no es *aprobar*, y bien lo sabe el P. Coloma. La sociedad transige, sin que apruebe. No prolonguemos este imperfecto análisis de las tendencias políticas y sociales de una obra que literaria-

mente juzgo de primer orden, pues suma al mérito artístico el del suscitar graves cuestiones, y, lejos de hallarse vacía, engalanada tan sólo con bellezas de narración ó de forma, rebosa contenido, medula substantífica, anatomía de los tejidos profundos; pero anatomía hecha con pinzas de plata.

Renuncio á extractar los lances de su argumento, que son muchos y muy dramáticos. Hay en *Pequeñeces* algo del interés superficial de la escuela novelesca antigua, hábilmente refrescado y adaptado á exigencias superiores de la moderna, y á la vez una sobriedad propiamente meridional, que recuerda el modo de contar del pueblo andaluz, y nos tiene pendientes de la boca salada y dulcemente amarga del narrador. «Una guindilla confitá», diremos robando la frase al novelista mismo.

Los capítulos del fumadero y de la llegada del hijo de Currita á la casa paterna, así como el del coche en que Currita arroja á las turbas, creo que han de conside-

rarse un dechado de perfección. Me satisfacen menos otros episodios, y condeno el de la muerte de los dos niños, donde se clarea sin arte el providencialismo del autor. Por lo demás, el conjunto, aunque de dos gruesos tomos, se sostiene animado, sin prolijidad ni flojería; se bebe de un sorbo, y al mismo tiempo despierta ideas y reflexiones; está pensado y compuesto, recamado y orlado con la maestría del novelista ducho, al par que tiene el brío y la exuberancia de las *juvenilia*; reina en el estilo (aparte de algún que otro lunarillo), grata sencillez, pulcro esmero y facilidad amable; el diálogo es la naturalidad misma; así hablan los magnates y las grandes señoras. En el tino de la composición, en la risueña placidez de la fantasía, en el amenísimo curso del relato, en la gracia y el salero de ciertos pasajes, descuella siempre el meridional de nacimiento ó de adopción, sucesor de Alarcón en cuanto á cautivar y divertir, pero émulo de Galdós en sorprender infraganti la realidad, y resuelto como nadie para

presentarla sin melindres. La heroína de la novela es creación maravillosa, suficiente para incluir al P. Coloma entre los más potentes generadores de criaturas vivas en los dominios del arte. ¡Eso es entender y esculpir un tipo femenino! Y cuenta que los tipos femeninos son peligroso escollo del novelista. El ilustre Pereda jamás acertó á modelar una mujer verdadera y con alma, si exceptuamos á *Sotileza*: ¡y qué distancia tan grande entre la psicología de aquella gaviota y la complicada, decadente y asombrosa Currita, la mujer *más mujer* acaso de la moderna novela hispana! No da el Padre en el error de hacer de una gran señora perdida una *cocotte*. Currita es siempre gran señora. ¡Qué admirables perfidias, qué divinas gatadas, qué monerías tan chistosas y tan verdaderas, qué distinción natural en medio de su epicureísmo y sus locas aventuras! Mi propia reserva en lo que concierne á la biografía del P. Coloma excusará lo que voy á decir. Quien así contornea una figura tan real,

tan matizada, tan fina de nervios y tan ligera de sangre, es el primer perito en psicología femenil que existe en España. Es un experto que puede dar quince y raya á los famosos catadores de vino de Cervantes. Tiene los ojos á docenas, como las moscas; ve por defuera y por dedentro, y ve pronto, sin machaquerías de microscopio y lente, y no se le escapa ni tanto así. ¡Mal año para Balzac, en lo que á Currita se refiere!

Ni es Currita sola quien ha salido respirando y sangrando en la novela. Las otras damas son la perfección misma. Isabel Mazacán, Leopoldina Pastor, la marquesa de Sabadell, la señora de López Moreno, la marquesa de Butrón..., tantos personajes como alabanzas. Si es cierto que cada una de estas figuras está trasladada de la realidad, que son gentes con quienes nos codeamos por ahí, fuerza es reconocer que la copia se hizo sin servilismo, con una libertad de diseño que en nada se parece á la prosaica puntualidad de los novelistas de apunte en carte-

ra, que han tomado por las hojas el rábano del documento.

Todo este elogio que voy haciendo de *Pequeñeces* no tiene nada que ver—me apresuro á decirlo—con lo de la *clave*, si *clave* hay, según de público se repite, en esta hermosa novela. Cuando el novelista consigue producirnos la ilusión de la verdad, importa poco que sus figuras sean retratos ó anónimas cabezas de estudio. La cuestión queda reducida á un problema de moral artística. ¿Es lícito aprovechar datos de la vida privada y presentar, aunque sólo sea aislada y fragmentariamente, á los individuos de modo que los reconozca la malicia y pueda señalarlos con el dedo? ¿Tiene este privilegio el novelista? ¿Lo tiene *hasta cierto punto* y no más? ¿Ese límite á dónde alcanza, y en qué ha de diferenciarse la honrada *novela* del libro, papel ó escrito satírico denigrativo de la honra y fama de alguna persona? Yo de mí sé decir que, en mis pobres ensayos, á veces me ha cohibido el excesivo escrúpulo, casi religioso, con

que miro el sagrado de la vida privada. Acaso va la malignidad á donde no fué la intención del artista; pero también el artista, enamorado de la realidad, está muy expuesto á extralimitarse, y me agradecería saber qué extensión da á los privilegios del artista ó del *misionero* el Padre Coloma, voto de gran peso por el hábito y la respetabilidad del que lo viste.

Esta novela ha convertido á Madrid en un hervidero de discusiones, indiscreciones, preguntas, reminiscencias y cuchicheos «detrás del abanico de nácar y de oro», que me río del *Nabab* y el *Inmortal* de Alfonso Daudet. Yo no digo que se haya extralimitado el P. Coloma; sí que la malignidad trae y lleva á los héroes ficticios de su libro, barajándolos con otros de carne y hueso, que alternan en sociedad y ruedan por las esferas de la política. He aquí un peligro más de hacer *novela de altas clases*. Las personalidades salientes y desfavorablemente comentadas no son tantas en número que el dedo malicioso no esté siempre alzado

para señalarlas. Shakespeare lo ha dicho: «Mientras más poderoso es el hombre, más inspira su conducta veneración ú horror; pues la infamia supina se adhiere al rango más alto. Si las nubes velan la luna, su desaparición se nota al punto: los pequeños luminares, por el contrario, pueden ocultarse impunemente.»

Cuestión es esta, de todos modos, aunque gravísima, ajena al arte, y que á la vuelta de algunos años nadie tomará en cuenta para apreciar el mérito artístico de la novela del P. Coloma. Hoy no diré que no contribuya á su prodigioso despacho en las librerías, ni que no trascienda, según fama, hasta las deliberaciones del Consejo de ministros. La crítica literaria tiene que dejarla aparte, y limitarse á saludar en el P. Coloma á un maestro. Ojalá los superiores del Padre sigan disintiendo del Santo, que escribía: «Las novelas son como las setas, que la mejor no vale nada». Así logrará el autor de *Pequeñeces* la sanción definitiva del gran artista: — la fecundidad.



SIGNO DE LOS TIEMPOS¹.

«La dignidad del que manda está siempre en relación con la de sus súbditos. Mandar en un rebaño, como el pastor, poco vale; mandar á esclavos, antes es desdicha que honra; pero hay algo superior al ejercicio del poder, hasta sobre un pueblo libre, y es reinar sobre la razón, la opinión y la inteligencia, que son las más nobles facultades del alma.»

BACON DE VERULAMIO.

«En política, ¿qué valen las leyes sin las costumbres?»

FRANKLIN.

HE aquí lo que contestó á mi epístola el más sesudo de mis corresponsales:

«Querida y sin razón alarmada señora: su muy estimable carta me revela toda la

¹ Escrito este juguete, leo un ingenioso «Plato del día» de Mariano de Cavia, sobre el mismo asunto. Titúlase *Tayllerand y Pantorrilles*, y se lo recomiendo á los que, leído el mío, quieran mejorar de suerte.